



RECENSIONI & SCHEDE

Francisco Chacón Jiménez, Juan Hernández Franco (eds.), *Organización social y familias. XXX Aniversario Seminario Familia y Élite de poder*. Editum (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia). Murcia, 2019, 256 páginas

Este libro recoge la participación de distintos autores en el 30° Aniversario del *Seminario de Familia y Élite de Poder*, celebrado en Murcia el 24 de mayo de 2013, en el cual se evaluaban los logros alcanzados por este Seminario desde su fundación en 1983, a lo largo de tres generaciones de historiadores, y se planteaban también, de cara al futuro, los principales retos que el Seminario tenía por delante, presentando algunos trabajos que avanzaban varias líneas de investigación en este campo. Este evento confirmaba lo dicho por Antonio Domínguez Ortiz en 2003 (en el 20° Aniversario del mismo), cuando aseveraba que el campo que más vitalidad historiográfica mostraba en España era la historia de la familia (p. 33), así como la consideración de Juan Hernández Franco de que, dentro del panorama español, el seminario *Familia y Élite de Poder* «tiene un reconocimiento especial» (p. 34). La vitalidad de este campo historiográfico se com-

prende porque, como decía Pierre Vilar en 1987 (citado por Francisco Chacón), «el tema de la familia, aparentemente muy particular, exige una cultura pluridisciplinar, y sugiere un tratamiento histórico totalizador» (p. 11). Esto se debe al simple hecho de que la familia es la base del edificio social, o, mejor dicho, por utilizar una analogía orgánica, la célula de la organización social, estructuradora de todos sus tejidos, hasta tal punto que podríamos incluso definir y concebir la sociedad misma, siguiendo a Francisco Chacón, como una *federación de familias* (p. 27). El corolario historiográfico de esta tesis sociológica es que las investigaciones con metodologías basadas en trayectorias socio-familiares constituyen una lente inmejorable a través de la cual se pueden observar múltiples y muy diferentes ámbitos o dimensiones de la vida social.

Tras unos párrafos introductorios de Juan Hernández Franco y Francisco Chacón Jiménez, editores y directores del *Seminario de Familia y Élite de Poder* -en los que constataban que la semilla plantada hacía treinta años se había convertido en un árbol frondoso y con frutos profusos- (p. 11) y una relación de las obras coordinadas desde él entre 1987 y 2018 (pp. 13-17), Francisco Chacón Jiménez pro-

loga el libro (pp. 19-31) realizando un sentido homenaje a James Casey, con una síntesis de las líneas maestras de toda su producción historiográfica: la necesidad de integrar lo social, lo económico, lo político y lo religioso en el estudio de la familia mediante el cultivo de la interdisciplinariedad (en especial, el encuentro entre la historia y la antropología), el estudio del entrelazamiento entre las instituciones y las redes familiares extensas, su reflejo en la literatura de cada época, la consideración de las emociones y sentimientos en la perpetuación de los nexos que unen lo individual con lo colectivo, etc. Al tiempo que homenajea al historiador norirlandés, Chacón repasa los rasgos que más han caracterizado a las familias españolas desde la Baja Edad Media hasta la actualidad.

Juan Hernández Franco (pp. 33-45) presenta la obra colectiva resumiendo las aportaciones de los diferentes autores. Hilvana su resumen del libro con los principales logros de la historia de la familia (entendida como historia social) en España durante los últimos treinta años y los retos que le aguardan en el futuro próximo, centrados en el estudio del linaje, del matrimonio (en concreto los cambios en el papel de la mujer dentro de él), la vida material y la esfera de las apariencias, la onomástica (especialmente el sistema y la distribución de los apellidos), y las relaciones de las familias con las instituciones, en concreto con las sedes del poder político. En definitiva, afirma que las palabras de Antonio Domínguez Ortiz en 2003 tienen aún vigencia (la historia de la familia sigue siendo todavía hoy uno de los campos con mayor vitalidad

investigadora), y que está convencido de que hacer historia de la sociedad, de la economía o de la política «sin la base de la familia, puede ser como pensar que se pueden construir castillos en el aire» (p. 44).

James Casey (pp. 47-60) recorre las vicisitudes que encontró en su reconstrucción de una historia social y cívica de las familias poderosas de una *república* recién incorporada a la monarquía, paradigmática para comprender la España Moderna: Granada. Su investigación, a caballo entre el cabildo municipal («los muy magníficos señores Granada»), la Chancillería real y las instituciones de la archidiócesis, se basó en las fuentes más variadas, desde la literatura hasta los protocolos notariales, pasando por los procesos de la Chancillería, las actas de las sesiones del cabildo y de las Cortes y las genealogías. El texto muestra la capacidad reconciliar las variadas ideas que le inspiraron y los múltiples temas que abordó (las formas de solidaridad comunitaria, su relación con la arena política y su derumbe al final del antiguo régimen; la tensión entre ciudad y monarquía en cuestiones como la jurisdicción real y la concejil o el honor cortesano frente al ciudadano; las formas de propiedad, de reproducción social y de educación de las élites; la relación entre la Iglesia contrarreformista y la autoridad paterna...) en el marco de la historia de la familia, en la cual se entrelazan todas las esferas de la vida social.

Hiroko Shiba (pp. 61-95) ofrece una interesante investigación sobre los rasgos de la sociedad y las familias españolas a través de su onomástica. La primera parte de su trabajo se centra en la comprensión de la «revo-

lución onomástica» plenomedieval (p. 62) a partir de la hipótesis de la introducción de formas onomásticas árabes en Europa occidental a través de la Península Ibérica, primeramente, mediante el complemento latino *filii* (derivado del árabe *ibn*, como muestran documentos del noroeste peninsular en los que aparecen ambas formas, latina y árabe) y después mediante el sufijo *-i* «para designar el patronímico en genitivo» (p. 65). La segunda parte del estudio intenta explicar la escasez de apellidos en España (mediante el parámetro *Fisher's Alfa*, estrechamente conectado con la estructura genética de la población) en función de diferentes factores: la consanguinidad en los matrimonios (tanto entre la élite como en el conjunto de la sociedad), la escasez y el aislamiento de la población, la pérdida demográfica de recursos humanos (debida a la prevalencia de la emigración ininterrumpida sobre la inmigración y a los fuertes episodios de mortalidad epidémica) y la preponderancia absoluta de los apellidos patronímicos sobre otros tipos de apellidos.

Máximo García Fernández (pp. 97-119) explora la cultura material y la vida cotidiana como método de acercamiento a la historia social de la familia. Tras hablar del panorama de los estudios españoles y europeos en esta línea de investigación, el autor concluye que la cultura material es un campo muy fructífero de análisis histórico-familiar, en tanto que permite analizar múltiples fenómenos sociales a lo largo de la Edad Moderna. Esto implica indagar, por un lado, en las constantes, como «el papel de las modas en la definición de las jerarquías colectivas» (p. 117), «los excesos pú-

blicos en el traje externo» (p. 107), la tendencia a la ostentación y a la emulación de las capas sociales superiores...; y por otro lado, en las variables (la transición del individuo *antiguo* al *ilustrado*, la creación e introducción de *modas nacionales* o la *confusión de estados...*), que sirven como indicadores de la transformación ideológica que implicó la Modernidad entendida como un proceso de larga duración (aún inacabado, añadiríamos nosotros, pues, siguiendo a Bruno Latour, podríamos afirmar que «nunca fuimos modernos»).

Raimundo A. Rodríguez Pérez (pp. 121-137) sintetiza la trayectoria de las investigaciones sobre la aristocracia hispánica de la Edad Moderna en las últimas décadas. Comienza su balance historiográfico señalando el espacio recuperado en el estudio de la aristocracia por los historiadores españoles, que han pasado de llevar «una década de retraso» respecto a sus colegas europeos en los años 80, en palabras de Atienza Hernández (p. 121), a hacer grandes aportes sobre la nobleza a escala europea en los albores del S. XXI. A continuación, repasa algunos temas estrella dentro de este ámbito, como la transición del modelo de linaje al de casa, la extensión del paradigma de la nobleza castellana al resto de la monarquía hispana o la relación con el rey, el sistema cortesano y la nobleza venal, todo ello en un marco historiográfico que ha transitado de una visión económica del poder nobiliario a un enfoque político, social y cultural. Señala algunos retos pendientes, como la convivencia del ideal de guerrero y de cortesano, el papel de las mujeres, las resistencias de parientes y vasallos, la gestión eco-

nómica (feudal o protocapitalista) y política (la familia como «pequeña república») de la casa, o la endogamia, para concluir que, por su relevancia pasada y por la abundancia de fuentes, el estudio de la aristocracia se presenta como uno de los campos más fructíferos de la historiografía actual.

Dalenda Largueche (pp. 139-151) realiza un original estudio (en inglés) sobre la monogamia en el Islam a través de un caso: el contrato de matrimonio en el derecho consuetudinario de la ciudad tunecina de Qairuán. Su capítulo se estructura en tres partes. En la primera parte contextualiza su estudio en el marco general del derecho islámico malikí a través del estudio de su jurisprudencia (*fatawa*) entre los SS. X-XV, en la cual existen diversos tipos de cláusulas que estipulan condiciones impuestas por la mujer al marido, relativamente comunes en el Magreb. En la segunda parte, expone la particularidad del matrimonio qairuaní (que permite a la mujer prohibir a su marido la poligamia y no sólo divorciarse, sino también repudiar a la segunda esposa, si su esposo no cumple el contrato) e hipotiza su origen en las estrategias matrimoniales de la élite fundadora de la ciudad en el S. VIII para trabar alianzas con familias de las metrópolis orientales y de la población local. En la tercera parte, la autora presenta su estudio cuantitativo de protocolos notariales de la ciudad de finales del S. XIX, demostrando que las cláusulas consuetudinarias siguieron vivas a lo largo de los siglos y que abarcaron a todos los sectores de la sociedad (mujeres vírgenes y divorciadas, de todas las clases sociales, y de origen tanto qairuaní como foráneo...). Su análisis pone de

relieve, contra todo prejuicio, la flexibilidad del *fiqh* para adaptarse a las necesidades sociales locales tomando la costumbre como una fuente importante del derecho.

Enrique Álvarez Cora (pp. 153-171) reflexiona sobre la evolución en la concepción desigual de las relaciones entre mujer y hombre (basadas en el *prejuicio del sexo*), y su consiguiente reflejo en las ideas en torno al matrimonio y al papel de cada sexo dentro de él en la España del Antiguo Régimen (SS. XVI-XIX). Para ello, contrasta diferentes visiones a modo de jalones entre los siglos, que vienen a señalar el progresivo cambio de mentalidad sobre esta cuestión a lo largo de la Edad Moderna: la de fray Marco Antonio de Camos en los diálogos de su *Microcosmia, y gobierno universal del hombre christiano, para todos los estados y qualquiera de ellos* (1592), la de Juan Martínez de la Parra en su *Luz de verdades católicas, y explicación de la doctrina christiana* (1705), la del ilustrado Benito Gerónimo Feijóo en su *Defensa de las mujeres* (1783), y, finalmente, la del doctor Francisco Alonso y Rubio (1863) en *La mujer bajo el punto de vista filosófico, social y moral: sus deberes en relación con la familia y la sociedad*. El autor concluye que la concepción tradicional de un contrato de subordinación matrimonial basado en la idea de «armonía de contrarios entre igualdad y ordenación directiva de la compañía», que descartaba «el prejuicio sexualmente esencialista» (p. 169) dio paso en el S. XIX a «una dogmática pseudocientífica y pedagógica» y a un «diagnóstico de la esencia natural del sexo» (p. 170).

Isabel Morant Deusa (pp. 173-187) afronta una cuestión central en la

historia de la familia del antiguo régimen, como era la tensión entre el interés de los padres y los «derechos del amor» de los hijos en las familias nobles y acomodadas. El interés tradicional de los padres de dichas familias era acordar un matrimonio de conveniencia que venía impuesto a los jóvenes (en particular, a las mujeres adolescentes), por lo cual Morant profundiza en el papel renovador que jugó la incipiente Ilustración en el cambio de mentalidad sobre este particular. Para ello, indaga en el papel de los diferentes actores en juego (la monarquía, la Iglesia, los padres, los esposos...) a través de fuentes jurídicas (Reales Pragmáticas) y literarias (el teatro ilustrado), analizando en detalle la posición de Leandro Fernández Moratín en su obra *El sí de las niñas*. La autora concluye que, si bien la literatura ilustrada propició un cambio de concepciones en favor del matrimonio por amor y de la educación de las mujeres, padeció la contradicción (común en casi todos los autores ilustrados del S. XVIII en cualquier país) de pretender coadyuvar a su emancipación mediante una formación casi exclusivamente moral y, por lo general, diseñada por varones.

Elisabel Larriba (pp. 189-211) reproduce la visión que la prensa ilustrada murciana de finales del S. XVIII tenía de la mujer a partir de un estudio de caso. Tras exponer el estado general de la prensa en España en las postrimerías del Setecientos, con la eclosión que siguió al fin de la censura impuesta por Floridablanca en 1791, analiza el *Correo literario de Murcia*, que llegó a tener cierta tirada y suscriptores en varias ciudades del país, señalando el androcentrismo con que

se retrataba a la mujer en muchos artículos, tanto de sus detractores abiertamente misóginos («El Filósofo Ramplón») como de sus defensores («El Apasionado de las Damas», «El Amante de todas»). En el *Correo* se abordaban con frecuencia temas morales en su vertiente dentro del matrimonio, cuya escasez estaba en la raíz, para algunos, de la preocupante despoblación de la España de la época. Muchos culpaban de ello a las mujeres, por lo que la autora concluye que, en opinión de muchos lectores ilustrados «sólo había imperfectas casadas, cuando no malas o pésimas esposas» (p. 208).

Cayetano Mas Galvañ (pp. 213-232) comenta la propuesta de «conversión del patriarcado en una institución política» detallada por el sacerdote de Tobarra Ramón de los Santos García Auñón en su *Teoría de una Constitución política para España* (1822), durante el Trienio Liberal. Mas Galvañ contextualiza la *Teoría* de García Auñón con su perfil biográfico y publicaciones. En toda su extensa obra se advierte un pensamiento liberal de tintes radicales en favor de una *democracia templada* (p. 219), aunque de cariz fuertemente androcéntrico, inspirado por la cosmovisión profundamente patriarcal de sus referentes teóricos (la Iglesia, Rousseau...). En conclusión, probablemente la idea de un «neopatriarcado liberal» integrado en la nueva administración de justicia respondía a una preocupación por una política municipal dominada por oligarquías y caciques (que el propio García debió de sufrir, puesto que no menciona nada sobre la cuestión municipal en su *Teoría*) y una carencia de soluciones jurídicas en materia de

conciliación (los Juzgados de Paz se crearían en 1835), por lo que su propuesta podría calificarse de moderna al menos en la percepción de la necesidad, aunque los medios para intentar resolverla resultasen arcaizantes (p. 227).

María del Sol Cortes Bautista (pp. 233-256) describe la intrincada red social, aún vigente hoy en día, que en el municipio de San Pedro Cholula (Estado de Puebla, México) se ha ido tejiendo en torno a la familia Jiménez (familia principal), con la colaboración de tres familias secundarias (Blanca, Covarrubias y Espinosa), para hacerse con el poder local y conservarlo a lo largo de tres generaciones, llegando a contar trece Presidentes Municipales en el período 1929-2018 entre miembros de la familia principal y de las tres secundarias. Dicha red familiar, basada en vínculos de parentesco, y, derivados de éstos, intereses económicos (propiedades) comunes, es, además, *transpartidaria*, esto es, las cuatro familias han logrado mantenerse en el poder municipal a pesar de que (o tal vez, gracias a que) sus distintos presidentes han militado en partidos diferentes o incluso enfrentados, como el PRI, el PAN o la más amplia Coalición Compromiso por Puebla.

En definitiva, estamos ante un libro que no refleja únicamente las investigaciones presentadas en un acto de aniversario, sino que delinea algunos de los temas principales que atañen a la historia de la familia en nuestros días, una historia que resulta de vital importancia para comprender cualquier sociedad y su evolución, en tanto que, como ya hemos dicho, la institución familiar es la célula de toda sociedad. Ahora bien, si dicha historia

(aún a medio construir, siempre abierta) estudia la evolución de las sociedades a través de los cambios familiares, cabría aún hacerse una pregunta teórico-metodológica: ¿debemos entender la familia como variable dependiente, sobre la cual actúan múltiples factores de cambio social; o como variable independiente, que genera en su seno todos esos cambios en otras dimensiones o facetas sociales? Tal vez no exista una respuesta satisfactoria a esta pregunta, puesto que los cambios en el seno de la familia ocurren contemporáneamente a las transformaciones en el conjunto de la sociedad, y unos cambios se entrelazan con otros sin que podamos discernir fácilmente dónde se originaron primero, puesto que, como afirma Tamara K. Hareven (citada por Juan Hernández Franco) la familia es en la sociedad, a un mismo tiempo, «tanto guardián de las tradiciones como agente del cambio» (p. 40).

Jerónimo Miguel Rueda Dicenta

Teresa Ciapparoni La Rocca (a cura di), *Il grande viaggio. La missione giapponese del 1613 in Europa*, Il Novissimo Ramusio n. 12, Scienze e Lettere, Roma, 2019, pp. 451

Il 28 ottobre del 1613 una delegazione guidata dal samurai Hasekura Rokuemon Tsunenaga (1571-1622), accompagnato dal frate francescano Luis Cabrera Sotelo (1574-1624), parti dal porto di Tsuki-no-ura (nel Giappone nord-orientale) alla volta di Acapulco a bordo del *Date Maru*, il più grande galeone mai realizzato in Giappone. Raggiunto il Messico nel gennaio 1614, la Missione Hasekura (nota

anche come Missione Keichō) si diresse in Europa, dove fu ricevuta dal Re di Spagna Filippo III (1598-1621) nel gennaio 1615 e da Papa Paolo V Borghese (1552-1621) nel novembre dello stesso anno. Promossa dal feudatario (in giapponese *daimyō*) di Sendai Date Masamune (1567-1636) con il consenso e il sostegno economico del governo militare (o *shogunato*) del clan Tokugawa, la delegazione era incaricata principalmente di stabilire scambi commerciali diretti con il Vicereame della Nuova Spagna, odierno Messico, per permettere così al Giappone di evitare l'intermediazione dei portoghesi di Manila negli scambi di prodotti europei. Tuttavia, per varie ragioni, non ultima la proclamazione nel 1614 dell'editto di persecuzione contro il cristianesimo da parte dello shogun Tokugawa Hidetada (1579-1632), le proposte giapponesi caddero nel vuoto, determinando di fatto il fallimento della Missione Hasekura. Ciò non basta comunque a sminuirne l'importanza storica, perché può essere considerata la prima missione diplomatica ufficiale del Giappone in Europa, nonché un significativo tentativo da parte di Date e dei Tokugawa di aprire dei canali di contatto stabili con la Corona iberica e la Santa Sede.

Il volume, frutto della collaborazione tra l'ISMEIO - Associazione Internazionale di Studi sul Mediterraneo e l'Oriente e la Società Geografica Italiana (SGI), propone una serie di testi che aiutano a ricostruire in modo organico, completo e documentato sia le vicende della Missione Hasekura, sia il quadro culturale, politico e religioso in cui esse si svolsero. Il lavoro è stato realizzato a partire dagli interventi al convegno internazionale *Dallo shogun al*

Papa: messaggeri di una cultura lontana, organizzato nel 2015 dalla Fondazione Italia-Giappone su progetto della Curatrice per celebrare il quarto centenario della visita a Roma della Missione. Integrando gli interventi del convegno coi contributi di molti altri studiosi italiani e stranieri, il libro risponde alla maggior parte degli interrogativi sulla Missione e colma per la prima volta i numerosi vuoti lasciati dagli studi ad essa precedentemente dedicati.

Il volume, che comprende anche articoli in inglese e spagnolo, è organizzato in due parti: la prima offre una panoramica culturale del Giappone durante il cosiddetto "secolo cristiano", ovvero quel primo periodo di contatto con l'Europa Cattolica che va dal 1543, anno dell'arrivo casuale di tre mercanti portoghesi nell'Arcipelago, fino al 1641, quando lo shogun Tokugawa Iemitsu (1604-1651) sancì con un editto la chiusura definitiva del paese agli stranieri. Nella prima delle due sezioni che compongono questa parte ci vengono presentati innanzitutto gli aspetti laici, dalla situazione politico-commerciale alla cerimonia del tè, dall'architettura alla musica, dalle arti performative alla letteratura, fino all'uso della stampa, che insieme delineano il contesto socio-culturale in cui venne concepita la Missione Hasekura, fornendo al lettore un'idea di quanto la presenza europea in Giappone fosse interconnessa con i vari ambiti della vita del Paese tra il XVI e il XVII secolo. Altrettanto significativa è poi la sezione dedicata all'aspetto religioso, nella quale appare chiaro come, nonostante la natura prevalentemente commerciale e diplomatica della Missione Hasekura, essa non possa essere compresa appieno senza

una conoscenza approfondita sia della situazione dei credi locali sia dell'attività missionaria svolta *in loco* dai Gesuiti e da altri Ordini, Francescani *in primis*.

La seconda parte del libro è invece dedicata alla Missione vera e propria ed è a sua volta divisa in tre sezioni. Nella prima vengono dettagliatamente analizzati il quadro internazionale, le conoscenze geografiche, tecnologiche e navali e gli interessi commerciali da cui la Missione è scaturita e che l'hanno resa possibile. In questo modo emergono chiaramente non solo le ragioni commerciali che spinsero il lato giapponese a promuovere l'iniziativa, ma anche i fattori (laici e religiosi, internazionali e locali) che furono alla base del suo fallimento. Nella sezione successiva si passa poi alla descrizione delle tappe del viaggio, raccontate per ogni paese da uno studioso locale nella propria lingua madre (a eccezione degli articoli dedicati alla partenza dal Giappone e alla sosta in Francia, entrambi scritti in italiano). La seconda parte si conclude quindi con una sezione che illustra in modo sistematico le tracce e l'eredità lasciate dalla Missione Hasekura (ma anche dal "secolo cristiano" in generale) in ambito artistico, letterario e culturale. È degno di nota il fatto che in queste ultime due sezioni viene fatto ampio riferimento a numerose fonti archivistiche, in parte ancora inedite, dalle quali emergono elementi di grande interesse, come la curiosità suscitata nei contemporanei occidentali dagli usi e costumi dei legati giapponesi, i particolari del loro passaggio nel Nuovo Mondo e in Europa e perfino i sospetti che alcuni diplomatici (specialmente italiani) nutrivano su di loro.

Il volume contiene inoltre tre ricche appendici che riportano, rispettiva-

mente, i profili biografici dei personaggi salienti legati alla Missione, alcuni documenti di rilievo relativi ad essa e le schede delle biblioteche romane dove sono conservate fonti molto utili per documentarsi sul "secolo cristiano". Di particolare rilevanza è la seconda appendice, che, pur proponendo testi già conosciuti, mette a disposizione dello studioso la versione italiana, per la prima volta stampata su un libro moderno, della *Relazione* della cavalcata d'ingresso ufficiale in Roma e la prima traduzione in italiano dal latino della concessione della cittadinanza romana ad Hasekura. A questi documenti vanno poi aggiunti gli *Avvisi di Roma* (una sorta di gazzettino dell'epoca) che forniscono in una versione ampia e commentata ulteriori dettagli sulla permanenza della delegazione giapponese nell'Urbe.

In conclusione, il volume costituisce un testo fondamentale per conoscere la Missione Hasekura e il suo mondo, entrambi trattati con dovizia documentaria e il supporto di un'ampia e aggiornata bibliografia. Il libro non solo si rivolge a chi ha a cuore l'argomento in questione, ma, considerando l'inscindibilità della Missione dal più vasto contesto geopolitico e religioso della Prima Età Moderna, risulterà di grande utilità e interesse anche per i non specialisti di studi giapponesi, e specialmente per coloro che si occupano di relazioni internazionali, di storia delle religioni o di odeporca. Da questa lettura gli studiosi di vari ambiti potranno infatti trovare risposte ai propri interrogativi (o alla semplice curiosità) su una realtà così lontana e già allora così interconnessa.

Carlo Edoardo Pozzi

Anna Maria Rao (a cura di), *Corte e cerimonia di Carlo di Borbone a Napoli*, FedOA Press, Napoli, 2020, pp. 178

Il volume raccoglie alcuni degli interventi presentati nella giornata di Studi svoltasi il 6 maggio 2016 presso la Reggia di Portici, nell'ambito delle iniziative legate al terzo centenario della nascita di Carlo di Borbone. I nove contributi affrontano il tema, dal punto di vista storiografico particolarmente fecondo negli ultimi anni, della corte borbonica napoletana e del suo cerimoniale – della “corte nascente”, come la definì Tanucci nel 1767 ricordando i primi anni dello stanziamento di Carlo a Napoli – e sono accomunati nell'esaminare, nel confronto con il sistema rituale vicereale dei secoli precedenti, innovazioni e persistenze.

È ormai nota l'importanza dell'insediamento a Napoli, nel 1734, di un “re proprio e nazionale”, così come l'immagine di una corte napoletana che, come le altre omologhe europee, fu sede di intense dinamiche politiche, sociali e culturali. Grazie ai lavori della più recente storiografia si va ricostruendo un quadro chiaro della corte di Carlo di Borbone e del suo “sistema rituale”, del labile confine tra pubblico e privato, della scrupolosa organizzazione di tempi, modi e spazi, della continua messa in mostra della regalità in cerimonie laiche e religiose, festeggiamenti e celebrazioni (ricordiamo i saggi del volume *Cerimoniale dei Borbone di Napoli. 1734-1801*, 2016; i lavori di P. Vásquez Guestral, di cui citiamo qui *Los espacios de una nueva majestad. Carlos de Borbón y los Sitios Reales de la monarquía de la Dos Sicilias (1734-1759)*, 2016; i diversi studi di E. Papagna, tra i quali, a titolo esemplificativo,

citiamo qui *Feste di piazza e cerimonie di palazzo nella Napoli borbonica: le celebrazioni per la nascita della real prole*, 2015).

La nuova struttura impressa nei primi anni del regno borbonico non riguardò soltanto l'ambito amministrativo, politico, economico o religioso, ma anche il cerimoniale, dal profondo significato simbolico. Nel solco delle consuetudini precedenti, norme e pratiche di corte subirono lievi ma significative modifiche, legate sia alla necessità di rafforzare il prestigio della nuova dinastia regnante sia all'esigenza di ripensare e adattare i rituali a una corte non più subalterna, come in passato, a Madrid, ma ormai autonoma e indipendente. Ciò riguardò, ad esempio, come sottolinea A.M. Rao nelle pagine introduttive al volume, anche i cerimoniali relativi alle rappresentanze diplomatiche estere – una questione che si ripropose più volte nel corso del Settecento, come in occasione dei negoziati col Marocco del 1782 – dei quali Napoli «non aveva dovuto preoccuparsi fino a quando il Regno era stato “provincia”» (p. 9), dell'impero spagnolo prima e di quello austriaco, poi.

Se la letteratura coeva settecentesca, come scrive E. Papagna nel primo contributo del volume, descrisse il regno carolino con toni encomiastici (Becattini, Galanti, e in qualche misura anche Giannone e Bianchini), quella risorgimentale smise le vesti celebrative (Schipa) caricando la lettura di un pregiudizio antispagnolo – per via della presunta, eccessiva dipendenza di Carlo da Madrid – che solo gli studi novecenteschi, pur inizialmente a fatica (Coniglio), andarono via via abbandonando (Ajello, Fosi, Rao). Si giunse, così, a una rivalutazione del

venticinquennio di Carlo di Borbone e del Settecento napoletano, considerato «l'ora più bella» del Regno (Galasso) e oramai affrancato dai pregiudizi storiografici precedenti (Venturi). Filoni di studio più recenti hanno focalizzato la loro attenzione sulla struttura e sui rituali della corte borbonica, facendo emergere – e ciò grazie anche agli apporti forniti, da N. Elias in poi, dalle scienze sociali – l'importanza di esaminare campi di indagine fino a poco tempo fa inesplorati, come quello sull'universo simbolico di antico regime, sul quale E. Papagna si sofferma nel suo contributo analizzando lo sviluppo del cerimoniale del baciamento presso la corte napoletana. Rituale non particolarmente radicato e praticato in età spagnola, o comunque privo di una sistematica organizzazione, il baciamento si diffuse con più organicità all'arrivo degli Asburgo d'Austria, per poi acquisire un peso sempre più rilevante in età borbonica. L'ampio ricorso a tale rituale nel Settecento ne fece perdere, alla fine del secolo, la connotazione politica, trasformandolo in un mero atto galante che sarebbe stato finanche limitato, nel 1786, da uno specifico provvedimento, che sancì il «declino sostanziale di un rito formalmente abusato» (p. 53).

Tra continuità e discontinuità con le norme precedenti si muove anche G. Sodano analizzando l'arrivo a Napoli della regina Maria Amalia di Sassonia, nel 1738. Attraverso una *Cronaca* edita in quello stesso anno, l'autore esamina quattro fasi delle celebrazioni nel regno per le nozze del sovrano (l'arrivo della regina e l'incontro con lo sposo; il viaggio verso Napoli; l'ingresso "informale" e "formale" in città), riscontrando non solo affinità

con analoghe cerimonie svolte presso le corti europee settecentesche – l'entrata pubblica in città non della sola regina, ad esempio, ma della coppia reale, segno della preminenza data alla figura del re – ma anche le peculiarità ravvisabili in quella napoletana; in particolare, la spiccata caratterizzazione marziale della cerimonia, esibizione della forza militare del sovrano al cospetto degli alleati sassoni e degli esponenti delle altre corti europee.

La possibilità di allontanarsi dal cerimoniale vicereale derivava anche dalla mancanza di vincoli dinastici con i predecessori, che diede a Carlo di Borbone margini di manovra più ampi rispetto a Carlo d'Asburgo, per il quale, al contrario, conservare strutture e rituali precedenti era stato indispensabile per legittimare il proprio ruolo e risaltare la continuità con i predecessori. Tali variazioni, come indaga I. Telesca, interessarono, ad esempio, le celebrazioni per il *Corpus Domini*, solennità religiosa di antichissima tradizione, rimasta pressoché invariata fino al 1734 e, in seguito, riorganizzata per risaltare la centralità della figura monarchica, o la parata al Santuario di Piedigrotta, celebrata ogni anno l'8 settembre, dal forte significato politico in epoca vicereale, della quale si intensificò, in età carolina, il carattere marziale. Ma anche gli spazi fisici riservati alla rappresentazione, in particolare l'uso delle sale del Palazzo Reale di Napoli, furono oggetto di inevitabili modifiche nel passaggio dagli Asburgo ai Borbone, che interessarono, all'esterno, lo stesso spazio urbano cittadino.

Ormai divenuta capitale di un regno con un sovrano *in presentia*, Napoli fu interessata, a partire dal 1734,

da una serie di interventi urbanistici che sarebbero stati accompagnati anche da una differente gestione degli spazi cittadini da parte del sovrano borbonico. Su tali aspetti si focalizza il saggio di D. Cecere, nel quale l'autore ripercorre le tappe principali delle modifiche introdotte, la graduale marginalizzazione di luoghi che fino ad allora erano stati il fulcro delle pubbliche cerimonie – anche allo scopo di ridimensionare il ruolo delle istituzioni popolari – e la conseguente valorizzazione della parte occidentale della città, quella compresa tra Toledo e il Palazzo reale, che si andò configurando come sede del potere politico e dei riti finalizzati a celebrare il sovrano e la sua famiglia, come in occasione di nascite, matrimoni, onomastici.

Sul rapporto del primo sovrano borbonico napoletano con il teatro e la musica sono incentrati invece i saggi di P. Maione e F. Cotticelli. Il primo pone attenzione alla cappella musicale di Palazzo, e al suo ruolo nell'esaltazione del potere regio. *L'ensemble*, che accompagnava gli esercizi spirituali della corte e gli eventi liturgici celebrati nei maggiori luoghi di culto della città, si rilevò necessario a enfatizzare il potere e a propagandarne, e non a caso fu oggetto di grande attenzione da parte del sovrano che, pur conservandone il ruolo avuto in età vicereale, ne rimodulò la funzione sul territorio. Cotticelli esamina la figura di Domenico Barone, marchese di Liveri, dal 1741 ispettore del Teatro San Carlo. A partire da un suo memoriale, legato alla richiesta, mai soddisfatta, di un ruolo all'interno della corte come Maggior-domo di settimana, l'autore indaga il rapporto di Carlo con le arti perfor-

mative e l'importanza che il sovrano attribuì loro per il "decoro della nazione".

A José Calzado de Bolaños, confessore di Carlo, sempre al fianco del sovrano fino alla fine della sua vita, è dedicato il saggio di E. Novi Chavarria. Figura poco indagata finora dalla storiografia, «vicino al cuore del re» – come ricordava anche Tanucci – che gli concesse, sin dal 1734, benefici, pensioni e privilegi, Bolaños non occupò, però, un ruolo rilevante nello scenario pubblico della Corte. Questa sua marginalità fu probabilmente il riflesso delle pressioni esercitate sul sovrano dalle élite locali per una "naturalizzazione" della nuova dinastia; desiderio assecondato da Carlo, che forse relegò il confessore a svolgere "semplicemente" il suo ruolo e a rinunciare a ulteriori aspirazioni.

Le trame di corte tessute intorno alla sensibilità devozionale della regina Maria Amalia sono al centro del contributo di P. Palmieri, in particolare quelle dell'influente Zenobia Revertera, duchessa di Castropignano, che avvicinò la regina a religiose "sante" come Angela Marrapese e Maria Maddalena Sterlicco, che avevano fama di possedere doti sovranaturali. Grazie alle abili manovre della Castropignano, entrambe le donne riuscirono a far breccia nell'animo di Amalia, sensibile a forme di religiosità talvolta lontane da una devozione più misurata che pure andava emergendo in parte del mondo cattolico del tempo, guadagnandosi il favore dei sovrani e un prestigio notevole. A testimonianza di come la corte potesse diventare anche uno «strumento di governo della vita religiosa attraverso i suoi densi

intrecci di patronati, clientele, fedeltà» (p. 140).

Chiude il volume il saggio di D. Carnevale sui cerimoniali funebri della Corte borbonica. Il modello di riferimento, poi ripreso quasi del tutto nelle occasioni funebri successive, furono le celebrazioni per la morte dell'Infanta Maria Giuseppa Antonia, avvenuta nel 1742. Ripercorrendo fasi, luoghi e protagonisti che caratterizzarono quelle celebrazioni, l'autore evidenzia come a Napoli, pur nel solco delle consuetudini in voga presso la corte spagnola e, in generale, presso le altre corti europee settecentesche, le modifiche apportate puntarono a rafforzare la spettacolarizzazione del rito e a coinvolgere maggiormente i sudditi – sempre nel rispetto di tempi e modalità dettati dalla corte – al fine di incrementare il contatto tra questi e la famiglia reale.

Il volume contribuisce, dunque, ad arricchire il dibattito, prolifico e attuale, sulla corte borbonica napoletana e sul suo cerimoniale, per certi versi parallelo a quello, altrettanto ricco, sulla corte borbonica spagnola inaugurata da Filippo V. Madrid e la sua corte costituirono indubbiamente un modello di riferimento per la nuova dinastia insediatasi a Napoli nel 1734, così come l'insieme di norme e pratiche vigenti in età vicereale. Ma Carlo – come rilevano ampiamente i saggi del volume – introdusse a Napoli alcune variazioni al cerimoniale precedente che, se a prima vista poterono sembrare quasi marginali, col tempo si consolidarono, configurando un nuovo sistema rituale che sarebbe stato risorsa necessaria e indispensabile per il rafforzamento del prestigio del nuovo sovrano e della nuova dinastia.

Davide Balestra

Salvatore Costanza, *L'Italia rovesciata. Nunzio Nasi. Una biografia politica*, M&rgana Edizioni, Trapani, 2020, pp. 400

La biografia politica di Nunzio Nasi potrebbe agevolmente adoperarsi come punto di osservazione per le più generali vicende della storia d'Italia. Nato a Trapani nel 1850, rampollo di una famiglia della borghesia cittadina delle professioni (il padre era farmacista), fece politica a livello locale e nazionale. Massone, in breve tempo riuscì ad affermarsi come notevole di rango del trapanese, e, *dominus* del collegio elettorale, svolse una lunga carriera che si ricollega ad alcuni nodi chiave della storia del Regno, quali la relazione tra il crispismo e i nuovi gruppi radicali e socialisti, l'impatto dei grandi movimenti collettivi e in particolare dei Fasci siciliani, il tema della proprietà fondiaria e della sua redistribuzione, le idee di gestione dell'ordine pubblico, il dibattito sul colonialismo, gli scandali finanziari, la crisi di fine secolo, l'avvento del giolittismo. A voler ragionare in termini di stratificazione di classe dirigente, potremmo estendere il ragionamento anche all'età successiva poiché il figlio, Virgilio, fu eletto all'Assemblea costituente e poi nei due rami del Parlamento Repubblicano.

Nunzio Nasi fu dunque un protagonista della sua epoca, cui Salvatore Costanza dedica una ricerca accurata e appassionata, che tiene in considerazione i giusti temi storiografici. Sono particolarmente interessanti, ad esempio, le pagine dedicate alla formazione di Nasi, avvenuta tra l'altro nel liceo classico Ximenes, dove ebbe modo di confrontarsi con «docenti di forte identità» (p. 22), ispirati per lo più a ideali

patriottici e risorgimentali. Per difendere uno di loro, sottoposto a un'inchiesta del consiglio provinciale scolastico, Nasi si ritrovò persino, giovanissimo, a coordinare un «comitato segreto» di studenti. Laureatosi in giurisprudenza, fu a capo della direzione delle scuole comunali tra il 1876 e il 1883. In quegli stessi anni collaborava con la stampa democratica e, divenuto direttore della «Gazzetta di Trapani», ebbe poi modo di entrare nel consiglio comunale (1883) e in quello provinciale (1885), mentre nel 1884, affermatosi alle elezioni amministrative con una lista di Sinistra, venne nominato sindaco. Iniziava allora una carriera politica destinata ad approdare ben presto al Parlamento nazionale, grazie anche all'iniziale mediazione di Abele Damiani e della rete dei democratici della Sinistra contrapposti al trasformismo depretisiano.

L'organizzazione del consenso da parte di Nasi è oggetto di riflessione primaria nel libro di Costanza, secondo il quale

avviato alle più alte cariche governative già alla fine dell'Ottocento, Nasi costruirà quel massiccio reticolo clientelare che avrebbe saldato in chiave personalistica e di prestigio paesano la base elettorale al proprio potere politico. Egli addirittura, con una curiosa metafora dell'esercizio clientelare praticato, chiamerà *spine sulla mano* le raccomandazioni di amici ed elettori, disposte nel suo archivio con una esatta nomenclatura di patroni ed esiti burocratici, che può risarcire abbondantemente gli studi di un moderno sociologo politico. Il clientelismo politico di Nasi opera su un duplice versante. Quello nella pubblica amministrazione, locale e statale, e quello negli organismi economici e delle società operaie, che dall'iniziale patrocinio dei moderati sono

passate sotto la direzione di esponenti della Sinistra; mentre si va delineando, a livello istituzionale, la rete dei poteri che, dall'autorità prefettizia, si diparte e si articola lungo l'asse degli enti locali (pp. 39-40).

La rete composta da Camera di commercio, consorzi agrari e banche cooperative emerge qui come network fondamentale per la costruzione del consenso e della mobilitazione politica di Nasi, il quale intanto a livello nazionale aderiva al gruppo dei radicali legalitari (1892), con la chiara idea che non fosse «un partito, ma una parte della Sinistra costituzionale» (p. 56). Sullo sfondo, il più ampio tema politico, ovvero il bisogno di trovare una base sociale «nelle classi produttive e popolari nel paese, senza per ciò stesso accettare il collettivismo socialista». Era ovviamente un'esigenza difficile da conciliare con le nuove pulsioni sociali e le nuove forme di lotta organizzata, come mostra la difficile lettura dei Fasci siciliani da parte di Nasi, che rifiutava «il radicalismo classista». Il suo sforzo conoscitivo fu a dire il vero rilevante, dato che raccolse una vasta gamma di opinioni tra esperti di questioni agrarie appositamente interpellati, ma di questa iniziativa non resta grande traccia nella sua attività istituzionale, a dimostrazione di quanto difficile fosse la sua lettura delle contraddizioni insite nell'ultimo scampolo di politica crispina.

Nel 1896, si oppose all'istituzione del Commissariato civile, in parte per la natura inusuale dell'istituto, in parte perché a suo dire ciò avrebbe acuito l'immagine di una Sicilia diversa dal resto d'Italia, e dunque bisognosa di leggi sociali e di interventi straordinari. In questa come in altre

parti del testo, Costanza coglie anche le distonie del discorso nasiano: adottato un immaginario sicilianista, spiega, il parlamentare trapanese «recepiva quel senso comune del concetto antropologico, di costume, della mafia che l'intellettualità siciliana, da Pitrè a Capuana, aveva reso pubblico dopo le inchieste del decennio 1876-1884, che la mafia avevano giudicato nel rapporto, spesso organico, coi poteri locali del territorio e con la classe agraria». Favoriva dunque il diffondersi di una sorta di «lettura sicilianista della mafia» (pp. 127-128).

In politica estera, Nasi rivendicava il suo interesse particolare per la Tunisia, e soprattutto per gli italiani e i siciliani che vi vivevano. Aveva fitte relazioni con quell'enclave e con attori economici quali la Camera italiana di commercio di Tunisi, ed egli stesso si lanciò in imprese economiche dalle fortune incerte. Il passaggio di secolo, però, lo vide soprattutto protagonista della vita governativa: fu ministro delle Poste nel primo governo guidato da Luigi Pelloux, e poi a capo del ministero dell'Istruzione nell'esecutivo presieduta da Giuseppe Zanardelli. Ne *L'Italia rovesciata* si analizzano le principali iniziative politiche intraprese da Nasi alla guida dei ministeri, mentre in filigrana Costanza delinea il nodo di fondo, ovvero, lo stagliarsi del confronto con Giolitti, che certamente pesò nel dramma giudiziario che colpì Nasi. Nel 1903 venne accusato di numerose malversazioni compiute, si disse, da ministro. Nell'aprile del 1904 un lungo elenco di spese considerate illegittime venne presentato alla Camera, ma prima ancora che il ramo del Parlamento ne potesse discutere, il documento, redatto da un vecchio avver-

sario di Nasi, venne pubblicato dalla stampa. Ne derivò un lungo iter giudiziario fatto anche di numerosi conflitti di competenza: il tribunale di Roma ottenne dalla Camera l'autorizzazione all'arresto, ma Nasi si era intanto reso latitante riparando all'estero, dove rimase a lungo. Nel maggio del 1905 venne rinviato a giudizio e nel dicembre dell'anno successivo il processo si aprì alla Corte d'Assise di Roma. Tuttavia la difesa ottenne che l'imputato fosse giudicato dal Senato per via del «profilo ministeriale dei reati» (p. 183).

Nasi rientrò in Italia, ma nel luglio del 1907 l'Alta corte di Giustizia del Senato spiccò un mandato di cattura a suo carico. Passò pochi giorni in carcere e poi ottenne i domiciliari. Il 24 febbraio del 1908 venne condannato per peculato lieve e gli venne inflitta una pena detentiva di poco superiore agli undici mesi. Pesava però l'interdizione dai pubblici uffici per quattro anni, che apriva un ulteriore fronte di conflitti istituzionali. Costanza ricorda infatti come, durante gli anni del processo, nascessero numerosi comitati in sostegno di Nasi, che avviarono una nota campagna in sua difesa, molto basata anche sull'idea di una Sicilia tradita da una classe politica continentale. Il testo pone qui diversi problemi interpretativi di cui mi limito a segnalarne due. Da un lato, sottolinea il nodo della base sociale di questo sicilianismo, che a suo giudizio non mobilità «la profonda Sicilia dei latifondi», «bensì i centri della Sicilia orientale, sull'asse Messina/Catania e Siracusa, dove si era radicata una borghesia di imprenditori agricoli e industriali» (p. 195). Dall'altro, pesava quello che potremmo definire il rapporto tra la piccola patria (in questo caso il collegio

trapanese) e la grande patria, rappresentata nella Camera bassa del parlamento, in cui gli interessi dei singoli collegi avrebbero dovuto armonizzarsi. Molti sostenitori di Nasi, infatti, auspicarono e ottennero che in diverse tornate elettorali egli venisse eletto, nonostante si sapesse già che tale elezioni non avrebbe ottenuto l'approvazione degli organi competenti.

La tangibile solidarietà verso l'ex ministro si espresse con la sua rielezione che, mancando la convalida del Parlamento, si era reiterata per un decennio, dal 1904 al 1913, anno in cui Nasi fu eletto, oltre che a Trapani, anche nei collegi di Palermo e Caltanissetta. La camera avrebbe poi convalidato, l'11 giugno 1913, la sua triplice elezione. Il fatto che gli elettori del collegio di Trapani rinunciassero a una loro diretta rappresentanza alla Camera, rieleggendo Nasi per quattordici volte, era da valutarsi come il segnale di un civile confronto con l'establishment politico nazionale. Fatto, comunque, rimasto isolato nella storia parlamentare italiana (p. 198).

Non è certo un caso che, trascorsa l'età giolittiana a fronteggiare le accuse e i processi, Nasi avviò un profondo ripensamento dell'esperienza crispina, cui Costanza dedica pagine tra le più interessanti del libro. Consapevole della distanza che lo aveva separato dallo statista di Ribera, Nasi ne sottolineò l'importate impulso legislativo e di riforma degli apparati amministrativi dello stato, sottolineandone altresì l'opera in difesa delle libertà individuali minacciate da «nuove forme di tirannide collettiva», ovvero «dalla lotta di classe» (le parole sono di Nasi). Rivalutava in questo modo l'idea giacobina, cifra stilistica dell'impostazione

di Crispi, che vedeva nello Stato nazionale, l'unico soggetto storico in grado di promuovere dall'alto la modernizzazione delle strutture sociali ed economiche del Paese, e che di contro individuava nel cooperativismo contadino dei Fasci un ostacolo alla piccola proprietà terriera, considerata la base sociale delle moderne democrazie. Non coglieva ovviamente che questa impostazione, rivoluzionaria per un uomo del pieno ottocento come Crispi, non poteva fornire risposte adeguate alle sfide del '900. D'altronde, il suo obiettivo era un altro. Spiega Costanza: «impegnato in quegli anni nella sfida sicilianista con Giolitti e il suo gruppo di potere, Nasi voleva così recuperare quegli elementi del retaggio crispino che, al concetto di nazione, univano quelli del riconoscimento delle esigenze di sviluppo civile ed economico della Sicilia» (p. 205).

Non so quanto questo sicilianismo potesse reggere al montare della retorica nazionalista comportata dallo scoppio della Grande guerra e dalle ipotesi di intervento dell'Italia. Nella prolusione al suo corso di Filosofia del diritto svolto all'Università di Roma nell'anno accademico 1915-16 (era libero docente dal 1898 e, seppure saltuariamente, aveva insegnato fino allo scoppio del caso giudiziario), Nasi si smarcò dagli intellettuali interventisti sviluppando «un vero e proprio paradigma antibellicista» (p. 206). Dopo il conflitto tornò alla Camera, aderendo alla Democrazia sociale. Pronunciò il suo ultimo discorso parlamentare il 12 giugno 1924, due giorni dopo il rapimento e l'uccisione di Giacomo Matteotti. Si ritirò sull'Aventino e, come gli altri secessionisti, perse il seggio con la svolta totalitaria del 1926: si

registrava allora il distacco inconciliabile dal fascismo e forse, soprattutto, dalla nuova cultura politica, come Costanza non manca di sottolineare attraverso un breve ma interessante accostamento col percorso di Giovanni Gentile. Leggiamo che Nasi, in almeno un paio di occasioni, aveva sostenuto la carriera di Gentile, di venticinque anni più giovane. I due però avevano idee diversissime sulla Grande guerra, come diversissimi furono gli obbiettivi che si posero da ministri: «una istruzione per il tirocinio di giovani destinati al lavoro delle professioni tecniche e magistrali (quella progettata da Nasi); una scuola umanistica per la forma-

zione della classe dirigente, quella di Gentile» (p. 223).

Nasi morì a Erice, il 17 settembre del 1935, ponendosi fino all'ultimo il problema della conservazione dei suoi carteggi e della loro possibile fruizione. Pensava potessero essere raccolti al Villino Nasi, eretto nel 1898, di cui Costanza ricostruisce la storia. Il libro si conclude con una riflessione sul destino di quel patrimonio: è una riflessione amara ma militante, che mostra come l'interesse storico dell'autore si sia alimentato di impegno civile e attaccamento alla comunità.

Matteo Di Figlia